

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Ciclo A

EVANGELIO

Él debía resucitar de entre los muertos.

Lectura del santo Evangelio según san Juan. 20, 1-9

El primer día después del sábado, estando todavía oscuro, fue María Magdalena al sepulcro y vio removida la piedra que lo cerraba. Echó a correr, llegó a la casa donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: “Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo habrán puesto”.

Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos iban corriendo juntos, pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro y llegó primero al sepulcro, e inclinándose, miró los lienzos puestos en el suelo, pero no entró.

En eso llegó también Simón Pedro, que lo venía siguiendo, y entró en el sepulcro. Contempló los lienzos puestos en el suelo y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, puesto no con los lienzos en el suelo, sino doblado en sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro, y vio y creyó, porque hasta entonces no habían entendido las Escrituras, según las cuales Jesús debía de resucitar de entre los muertos.

Esta es palabra de Dios.

REFLEXIÓN

EL TEXTO

La primera parte de este Evangelio nos permite entender la primera impresión que causó la resurrección de Jesucristo: desconcierto. Escuchamos como María Magdalena al ver el sepulcro vacío no piensa en la resurrección, más bien supone que se han robado el cuerpo de su Señor. Esta imagen nos permite darnos cuenta del desconcierto que supuso la resurrección de Jesús. No fue fácil comprender a Jesús resucitado. Todos lo habían visto morir en la cruz, habían contemplado su humillación y su aparente derrota. En el segundo cuadro del Evangelio encontramos a Pedro y Juan recordando las Escrituras ante la tumba vacía. Ahora tomaba sentido toda la vida de Jesús. Ahora comenzaban a comprender el sentido profundo de sus palabras, de sus gestos y acciones.

Sin embargo, más allá de la tumba vacía, la primera lectura nos narra la experiencia personal que han tenido los discípulos. Ya no es el vacío de una tumba, sino la presencia misma de Cristo vivo y glorificado lo que les permite afirmar la resurrección. Así, escuchamos a Pedro afirmar frente al mismo Sanedrín que había mandado matar a Jesús: “(a Jesús) Dios lo resucitó

al tercer día y concedió verlo, no a todo el pueblo, sino únicamente a los testigos que él, de antemano, había escogido: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de que resucitó de entre los muertos. El nos mandó predicar al pueblo y dar testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos.”

La resurrección no es sólo un hecho histórico, sino también una experiencia de fe, un “don” de Dios, un regalo que ha dado “no a todo el pueblo, sino únicamente a los testigos que él había escogido”.

Tres elementos podemos resaltar de estos textos, un HECHO: la tumba vacía; una MEMORIA: las Escrituras y la vida de Cristo; y un ACTO DE FE: la experiencia de Jesucristo vivo y glorificado por el Padre.

ACTUALIDAD

Hoy en día parece haberse perdido en mucho la experiencia de la resurrección de Cristo. La vemos como una experiencia tan lejana, casi mitológica que nos parece imposible revivirla en nuestras vidas. Cuando mucho creemos que resucitaremos algún día con Cristo y nos sirve esta creencia para “zafarnos” de los sufrimientos actuales. Es como si la resurrección fuera más una experiencia evasiva que una experiencia de compromiso crítico e histórico. Celebrar la resurrección de Cristo es celebrarlo a Él vivo entre nosotros. Es celebrar la esperanza que jamás el mundo nos podrá dar. Es tener esperanza de vencer lo invencible, de transformar lo intransformable, de romper las ataduras de pecado que nos han esclavizado.

Nosotros también nos enfrentamos hoy a la tumba vacía en la cual nos parece que Cristo se ha ido. Cuando enfrentamos una enfermedad y no tenemos esperanza, cuando sufrimos en nuestra relación marital o familiar, cuando nuestro pecado no nos permite caminar en libertad, cuando la situación del pobre se convierte cada día más crítica o las situaciones de derechos humanos parecen soluciones imposibles. Ahí está la tumba vacía, frente a nosotros. Ante ella podemos desconcertarnos y alejarnos de Dios, o volver a las Escrituras y recordar las palabras de Cristo que nos dice “yo estaré con ustedes hasta el fin del mundo”, recordar también a Jesús que nos lanza el reto de hacer vida las Bienaventuranzas. En estas Escrituras encontramos la luz que nos permite vivir a Cristo vivo entre nosotros, criticando la historia de los hombres, la historia que no quiere matar la esperanza de muchos pero a la cual él le ha dado la esperanza máxima con su resurrección. Por último, no podemos olvidar que ver nuestras realidades no como “tumbas vacías” sin esperanzas, sino como presencia viva de Cristo Resucitado es una experiencia de fe. No pueden todos ver a Cristo resucitado, sólo aquellos que se atrevan a creer en él y a vivirlo presente en sus vidas.

PROPÓSITO

Esta semana en la liturgia de la Iglesia se vive como si fuera un solo día; es decir, son ocho días de celebración con los que se quiere revivir la experiencia de Jesús resucitado. Vivamos

esta semana con gozo, con esperanza, dispuestos a vivir la experiencia de Cristo resucitado en cada uno de nuestros días.

Por tu Pueblo,
Para tu gloria,
Siempre tuyo Señor.

Héctor M. Pérez V., Pbro